

Carlos Véjar Pérez- Rubio, director de la revista *Archipiélago* de México

Suplemento Cultural n.º 101;
enero-marzo 2007

Carlos Véjar estuvo en Costa Rica los días 4, 5 y 6 de septiembre con ocasión de la realización del Coloquio La Revista Política: el Compromiso de la Intelectualidad Latinoamericana, Siglos XIX y XX, organizado en el seno del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica. Aprovechamos para conversar sobre la revista que dirige, que hoy es toda una referencia entre las revistas culturales de América Latina.

Todo comenzó una tarde de agosto de 1991, cuando nos reunimos en la Librería Reforma de la Ciudad de México, frente al periódico



Excélsior, la periodista cubana Minerva Salado, el poeta uruguayo Saúl Ibargoyen y un servidor, cobijados por el espíritu solidario de nuestros amigos editores y librereros, Angelita González y Franklin Ramos, quienes tenían en ese sitio las instalaciones de la editorial Gernika. Animados por las tazas de café y el ambiente periodístico del lugar, hablamos de la necesidad de crear en México una revista cultural, con intensa vocación latinoamericana, que respondiera a los procesos de resistencia más característicos de nuestra historia regional. Una revista que convocara a la intelectualidad de Nuestra América en torno a un objetivo común: la integración de nuestros pueblos y de la cultura misma, fragmentada y dispersa por el proceso de globalización. Una revista en la que se expresaran libremente, sin cortapisas, el



pensamiento, la memoria y la creación científica, artística y literaria de la región. Los tres estábamos ciertos del importante papel que juega la cultura en la integración de América Latina y el Caribe. Sin darnos apenas cuenta, estábamos sentando las bases de un proyecto cultural latinoamericano y caribeño, independiente, solidario, incluyente y crítico: el proyecto Archipiélago. En cuanto a experiencia, no partíamos de cero: Minerva había sido subdirectora de la revista cubana *Revolución y Cultura*; Saúl había sido subdirector de la revista mexicana *Plural*, en la cual colaboraba entonces como jefe de redacción; y yo había fundado hacía un par de años con dos amigos arquitectos la columna «Ámbito tres. Reflexiones de nuestro espacio cultural», que aparecía tres veces por semana en el periódico *Excelsior*.

El reto era muy grande, pues se partía de una idea muy ambiciosa, de una «utopía» en el sentido de Galeano, es decir, lo que te hace caminar para perseguir una meta que quizás nunca puedas alcanzar, pero que te hace caminar en pos de ella, avanzar. Recuerdo que por esos meses visitó México el viceministro de Cultura de Cuba, Omar González, y le pedimos apoyo, puesto que ninguno de los tres, ni Saúl, ni Minerva ni yo, teníamos idea de cómo podíamos concretar nuestra ocurrencia en

el aspecto económico; y él nos dijo que lo que podía hacer era gestionar que varios pintores cubanos donaran cuadros para que nosotros los vendiéramos, lo cual nunca se pudo realizar. Poco después, en marzo del 92, fui a La Habana para exponer a los amigos cubanos el proyecto, al que buscábamos afanosamente nombre. Recuerdo que Abel Prieto, en ese entonces presidente de la UNEAC, propuso llamarle *Calibán*; el arquitecto Fernando Salinas propuso *Wiphala*, la bandera de los incas; el arquitecto costarricense Javier Bolaños, de paso por México, propuso *Entremares*. El nombre de *Confluencia*, que nos pareció aceptable a todos, fue rechazado por la Secretaría de Relaciones Exteriores, que tiene que autorizarlos, porque había una «revista para caballeros» así llamada. Cuando después de quebrarnos mucho la cabeza se nos ocurrió finalmente el nombre de *Archipiélago*, que pone el acento en la idea de la balcanización o separación, pero también en el de una identidad común, todos estuvieron de acuerdo.

Iniciábamos por ese tiempo la tarea de conformar lo que llamamos concepto editorial de la revista, invitando a participar a intelectuales latinoamericanos de diversas disciplinas y nacionalidades, varios de ellos exiliados en México desde hacía



años. Saúl, que era amigo de José Saramago, nos dijo que incorporáramos su nombre bajo su responsabilidad, a lo que nos negamos diciéndole que solo deberíamos hacerlo si teníamos su consentimiento explícito, así que un día le habló a su casa en Lanzarote a las dos de la mañana desde mi oficina de arquitecto, le explicó la idea y el escritor portugués, que todavía no había recibido el Premio Nobel, aceptó gustoso. En realidad, habíamos comenzado a tejer una red internacional de simpatizantes y colaboradores que crecería significativamente en los tiempos venideros. El propósito que nos animaba estaba claro: coadyuvar a la integración de América Latina y el Caribe animando en sus territorios, y aún más allá, en latitudes ajenas en donde habitan importantes comunidades de origen latinoamericano-caribeño, como Estados Unidos y Canadá, un movimiento cultural que, abierto al mundo, reafirmara nuestra identidad y orgullo de ser. Acorde con el devenir histórico que nos es propio, *Archipiélago* tendería también puentes a España y Portugal, y a la idea de Iberoamérica que de ello dimana.

De acuerdo a ciertas tradiciones de los ámbitos periodísticos, decidimos editar primero un número experimental de la revista, un número 0 que fuera la carta de presentación de la

utopía. Un diseñador gráfico cubano residente en México, Antonio Ñiko Pérez González, nos hizo el diseño de ese número, y el arquitecto mexicano Víctor Arias diseñó el logotipo. Los demás resolvíamos mientras tanto el tema de los artículos, que tenían que ser muy breves y de igual dimensión para acomodarse en las dieciséis páginas contempladas. Es interesante mencionar las colaboraciones elegidas, que darían una muestra de lo que pretendíamos: «América en el infierno» del colombiano Gustavo Vargas; «Ciencia latinoamericana: ¿moda o desarrollo?» del mexicano Gustavo Viniegra; «Quetzalcóatl y la obsolescencia de los mitos tecnológicos» del mexicano Javier Covarrubias; «Las estructuras de poder en las ciudades» del mexicano Rubén Cantú Chapa; «La construcción del entorno de la esperanza» del argentino Roberto Segre; «Premiado el verbo América» del mexicano Alberto Híjar; «El escritor latinoamericano: una fragmentada utopía» del uruguayo Saúl Iburgoyen; «El cuento hispanoamericano: de la épica a la ironía» del mexicano Lauro Zavala; «¡Quéjese!» del estadounidense-chicano Jim Sangel; «Corría el año 1917» del argentino Jorge Boccanera; «Oda para Walt Whitman o Efraín Huerta» del brasileño Fernando Ferreira de Loanda; «Para la consideración de una música latinoamericana» de la cubana Zoila



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
Sin Derivadas 3.0 Costa Rica.

Gómez; «La fiebre de la imago» de la cubana Ileana Azor; «La soap ópera y la televisión» del mexicano Rafael García Gamboa; «El cine que no quería morir» del cubano Alejandro Ríos. Las imágenes fueron del chileno Roberto Matta y los mexicanos Andrés Garay y Vinicio Reyes.

En agosto de 1992, con el apoyo de Angelita y Franklin Ramos, apareció publicado ese número 0 de la revista que al fin había encontrado nombre: *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*, mismo que presentamos el día 20 de ese mes en la Casa de las Américas, de La Habana, el escritor Alejandro Expósito, el crítico de arte Jorge de la Fuente y un servidor (el actuario Arturo Saavedra, funcionario de Fonatur que se había sumado al proyecto desde sus inicios y debería participar también en el acto, no pudo llegar a tiempo ese día). Más de noventa intelectuales cubanos se congregaron esa tarde, encabezados por el presidente de la Casa y anfitrión del acto, Roberto Fernández Retamar. *Cuba es la capital*, mural del chileno surrealista Roberto Matta, nos recibió en el vestíbulo. Recuerdo que Cintio Vitier se me acercó de pronto para preguntarme: «¿Arquitecto, y por qué ese nombre, *Archipiélago*?» Le contesté: «Porque Nuestra América es un conjunto de islas con una identidad

común, un archipiélago. Y queremos contribuir en lo posible a volverlo continente». El ecuatoriano Hernán Crespo Toural, director de la Oficina Cultural de la Unesco para América Latina, se mostró entusiasmado con el proyecto y nos prometió su apoyo. Mario Moya Palencia, el embajador de México, nos dijo, señalando a varias personas con un ademán: «Les traje a toda la Embajada». El proyecto Archipiélago y su revista emblemática, nacidos en México, se bautizaban ahora en Cuba, y pronto, en el mes de noviembre, se confirmarían en Bolivia, en donde presentamos ese número 0 en el Museo Nacional de Etnografía y Folklore de La Paz, con una audiencia en la que predominaban antropólogos, sociólogos, músicos y arquitectos.

Dos docenas de intelectuales de diversas disciplinas y nacionalidades constituíamos para entonces la incipiente red de *Archipiélago* en México, a la que había que sumar a los amigos que teníamos ya localizados en otros países hermanos. Los siguientes tres años fueron de reuniones periódicas para consolidar las bases conceptuales del proyecto, sumar fuerzas, ampliar las relaciones y establecer las líneas de acción. Nos reuníamos en casa de Arturo Saavedra y hacíamos una especie de tertulia cultural interdisciplinaria en la



que cada uno debería exponer algún tema de su interés. Las humanidades, las artes y las ciencias duras dialogaban frunciendo el ceño, pero deseosas de entenderse... e integrarse. Recuerdo que una vez llegó un matemático profesor de la Facultad de Ciencias de la UNAM a hablar de fractales y en otra ocasión se presentó un crítico de arte cubano, Sergio López, acompañado de un reconocido pintor paisano suyo que estaba de paso por México, Nelson Domínguez, quien después de mostrarnos su obra gráfica decidió donarnos una de ellas para que la rifáramos e hiciéramos un poco de plata. Esas reuniones fueron muy importantes porque fuimos experimentando la idea de integrar todos los campos de la cultura, a lo cual contribuía que entre los participantes hubiera profesores e investigadores universitarios de diversas facultades e institutos de la UNAM,¹ de la UAM,² del Politécnico y de la Universidad Iberoamericana, que son las principales instituciones de educación superior del país. Nos interesaba darle al proyecto desde sus inicios una base académica, universitaria, que remitía a la universalidad de la cultura. Por supuesto, había también amigos *free lance*, que si bien en ese momento no pertenecían a ninguna

institución específica, tenían en su haber una obra reconocida en sus respectivos campos.

En 1994 grabamos un programa de radio piloto cuya musicalización nos la hizo un compositor salvadoreño, Roberto Quezada, el cual todavía aguarda su oportunidad. Finalmente, en mayo de 1995, se presentó en la Casa Lamm de la Ciudad de México el número 1 de la revista, en cuya página editorial aparecieron ya 407 nombres de intelectuales latinoamericanos y caribeños, que integraban lo que llamamos Red Cultural de Nuestra América. Los artículos elegidos fueron muy variados y mostraban bien la esencia del proyecto. Por parte de Costa Rica apareció publicado un cuento de Alfonso Chase, y en cuanto a Guatemala, apareció una entrevista realizada por Arturo Saavedra y el colectivo Archipiélago a Rodrigo Asturias, que titulamos «Guatemala: una cultura de la resistencia». Los países representados fueron Argentina, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, España, El Salvador, Estados Unidos (literatura chicana), Guatemala, México, Suecia, Uruguay y Venezuela. Todo un archipiélago. Al editorial lo titulamos precisamente «La cristalización de la utopía».

Ese número 1 de *Archipiélago* lo presentamos también en septiembre de

1 Universidad Nacional Autónoma de México
2 Universidad Autónoma Metropolitana



ese año en Costa Rica, en el Centro Cultural de México, en un acto que organizó Mario Oliva, director en ese tiempo de Estudios Generales de la UNA, en el que recuerdo que participaron Alfonso Chase, Rodrigo Quesada, Javier Bolaños y el filósofo argentino-mexicano Horacio Cerutti, profesor de la UNAM y colaborador del proyecto desde sus inicios, quien estaba pasando una estancia académica en la Universidad Nacional de Costa Rica. Con Horacio visitamos al entonces ministro de Cultura, Arnoldo Mora, quien se sumó entusiasmado al proyecto y a partir de entonces ha sido un colaborador persistente de la revista. En realidad, Costa Rica es de los países en donde más desarrollada está la red archipiélaguista, muchos de sus intelectuales han enriquecido con sus colaboraciones las páginas de la revista.

El proyecto Archipiélago se ha presentado hasta la fecha en importantes foros y eventos culturales de quince países: Barbados, Bolivia, Brasil, Canadá, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Francia, México, Puerto Rico, República Dominicana y Venezuela. Su propuesta de articular en la región una red de centros culturales en los que pueda desarrollarse el movimiento integrador, llamada Casas de Nuestra América fue recibida

con gran interés en su oportunidad y varias instituciones se manifestaron dispuestas a apoyarla, entre ellas, la Casa de América (España), la Casa de las Américas (Cuba), el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe (Puerto Rico), el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Venezuela), el Centro de Investigaciones sobre Identidad y Cultura Latinoamericana de la Universidad de Costa Rica, la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, de Quito, y los Viceministerios de Cultura y de Educación Superior de Bolivia. Este interés propició la invitación que se le extendiera al director general de para presentar dicha iniciativa como un proyecto de cooperación en la III Reunión de Ministros de Cultura de Iberoamérica, que se llevó a cabo en La Habana en junio de 1999.

Archipiélago ha publicado cinco libros en su programa editorial: *Tetralogía Paraguaya. Historia y literatura en cuatro tiempos*, *La rebelión de los escarabajos* y *La revolución económica versus la revolución tecnológica* de Efraín Enríquez Gamón, embajador del Paraguay en México de 1999 a 2003; *Contrapuntos. Colegio Latinoamericano de Compositores de Música de Arte. Su nacimiento*, coordinado por el compositor mexicano Manuel de Elías (2000); y *Narrativa juarense*



contemporánea, compilado por la escritora mexicana Margarita Salazar Mendoza (2008).

Con la misma idea de ampliar su actividad integradora, en junio de 2001 Archipiélago, en coordinación con la UAM y la Casa de la Cultura de Tlalpan, presentó en la ciudad de México la obra de teatro unipersonal *Rescribiendo historias* del autor argentino Edelmiro Menchaca, escenificada por la actriz de la misma nacionalidad Norma Alarcón, quien viajó de Buenos Aires expresamente para ese efecto. En octubre de 2003, organizó las Primeras Jornadas Bolivarianas por la Unidad de Nuestra América, en coordinación con la Embajada de la República Bolivariana de Venezuela en México y el CCyDEL,³ en las que cinco temas prioritarios para la integración de nuestros pueblos fueron tratados por veintiocho destacados especialistas de la región. Y en junio de 2010 organizó, con la Unión Latina –organización intergubernamental con sede en París– y el CIALC, la Primera Semana de la Latinidad, cuyo eje central fue el Seminario de Migran-

tes Latinos-Hispanos más allá de la Frontera Norte, en el que participaron catorce connotados investigadores del tema.

Los apoyos con los que ha contado *Archipiélago* han provenido principalmente de algunas importantes universidades mexicanas (UNAM, UAM, IPN, UIA, UDLA, ITESM, COLMEX, UVM...) y de diversas instituciones culturales de este país (SEP, CONACYT, CONALEP, CONACULTA, INBA, INAH, SRE, SECTUR, IMSS, FCE, IVEC, IMC, ICHICULT...). Se han realizado también gestiones para obtener el respaldo de universidades y entidades del ámbito latinoamericano, de las cuales la Universidad del Rosario, de Colombia; la Universidad Nacional, de Costa Rica; el Ministerio de Cultura, de Venezuela; y el Consejo Nacional de Educación Superior (CONESUP), del Ecuador, ya han participado en el proyecto. Asimismo, se han hecho propuestas a la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) de México y a la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL), para extender el proyecto a las instituciones que las conforman.

Diversos organismos culturales y educativos multinacionales, como la Secretaría General de las Cumbres

³ El Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, CIALC (antes Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, CCyDEL), es el espacio académico que la Universidad Nacional Autónoma de México creó para realizar su vocación latinoamericanista.



Iberoamericanas, la OEI, el Convenio Andrés Bello, Festlatino y Unión Latina, además de la UNESCO, han sido invitados también a participar en el proyecto, subrayando con ello la importancia que para Archipiélago tienen la cultura y la educación en la afirmación de nuestra identidad regional y sentido de pertenencia. Cabe destacar por último el apoyo que se ha recibido siempre de parte del cuerpo diplomático latinoamericano y caribeño acreditado en México, así como de importantes instituciones de carácter multinacional con sede en este país, como el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) y el Instituto Indigenista Interamericano (III), entre otras.

Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América se publica desde 1995 con regularidad y se distribuye en toda la región. A partir de su número 11 (marzo-abril 1997), obtuvo el respaldo de la representación de la UNESCO en México. En 2002 y 2003 fue coeditada por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México; y, a partir de 2004, lo es por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, hoy Centro de Investigaciones de América Latina y el Caribe (CIALC) de la misma universidad.

Hacia un futuro próximo pensamos en la necesidad de desarrollar la versión digital. Necesitamos un proyecto como la revista *Con Nuestra América*⁴ que publican ustedes aquí en Costa Rica, que es un ejemplo en ese sentido. Hay otra similar en Brasil con la que tenemos también contacto, que se llama *Agulha*, y muchas otras más, desde luego, que se deben consultar. *Archipiélago* está posicionada por lo pronto en la página de revistas arbitradas de la UNAM en Internet (www.revistas.unam.mx), además de tener su propia página en proceso (www.archipelago.com.mx).

Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América llega a muchas partes, a toda América Latina y el Caribe, a los Estados Unidos y Europa, tal vez no a mucha gente, pero sí a intelectuales representativos de la cultura de sus respectivos países. Nos mandan colaboraciones de todas partes, en general, de muy buena calidad. Es decir que la red sigue extendiéndose. Así vamos, creciendo en muchos sentidos. El futuro parece promisorio. Seguiremos adelante.

4 Revista digital *Con Nuestra América*, órgano de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-Costa Rica), que puede localizarse en www.connuestraamerica.blogspot.com/

